

LINEA POLITICA E IDEOLOGICA



MOVIMIENTO COMUNISTA
DE ESPAÑA

LINEA POLITICA E IDEOLOGICA

La presente Línea Política e Ideológica es el resultado de los debates y acuerdos del Congreso del Movimiento Comunista de España. En ella se recoge de un modo preciso nuestro programa político y los diferentes programas que se derivan de él, así como el Partido Comunista y proletario en la España de hoy.

Este programa que sirve para dar a conocer los grandes temas de nuestra línea y de nuestra política a todos aquellos que están interesados en conocerlos, y también como ayuda para un estudio más profundo de nuestra política.

Esta Línea Política e Ideológica no pretende ser algo definitivo, ya que trata de nuestra experiencia concreta, de nuestra concepción de la realidad y de nuestra relación con el mundo. Por tanto, es un programa que se actualiza y se desarrolla en la medida de las necesidades que se producen en el tiempo.

La puesta en práctica de las orientaciones aquí expuestas deberá contribuir al valor y hacer las rectificaciones que sean necesarias.

Nuestro programa es que se viva cada vez más a las necesidades de la lucha revolucionaria en nuestro país y que se mantenga siempre al servicio de la causa de todos los elementos del Movimiento Comunista de España y de quienes lo ven con simpatía.

Aprobada en el **I Congreso del**
MOVIMIENTO COMUNISTA DE ESPAÑA
Septiembre 1975

LINEA POLITICA E IDEOLÓGICA

La presente Línea política e ideológica ha sido aprobada en el I Congreso del Movimiento Comunista de España. En ella se recogen de un modo resumido nuestras posiciones frente a los diferentes problemas que se plantean a un Partido revolucionario y proletario en la España de nuestros días.

Esperamos que sirva para dar a conocer los grandes rasgos de nuestras ideas y de nuestra política a todos aquellos que estén interesados en conocerlas, y también como esquema para un estudio más amplio de nuestras posiciones.

Esta Línea política e ideológica no pretende ser algo definitivo. Es el fruto de nuestra experiencia concreta, de nuestro conocimiento de la realidad y de nuestra asimilación del marxismo-leninismo y, por otra parte, responde a problemas a menudo muy concretos propios de la actual situación. Todo ello habrá de ir cambiando y los cambios que se produzcan se reflejarán inevitablemente en nuestra Línea.

La puesta en práctica de las orientaciones aquí expuestas permitirá calibrar su valor y hacer las rectificaciones que sean necesarias.

Nuestro propósito es que se ajuste cada vez más a las necesidades de la lucha revolucionaria en nuestro país y que se enriquezca sin cesar merced a la labor de todos los miembros del Movimiento Comunista de España y de cuantos lo ven con simpatía.

Introducción

En el mundo actual hay entablada una gran batalla entre dos sistemas diametralmente opuestos: el capitalismo y el socialismo. Nosotros, comunistas, luchamos resueltamente en contra del capitalismo y en favor del socialismo.

En la sociedad capitalista los medios de producción pertenecen a unos pocos. Una minoría de capitalistas tiene en sus manos las fábricas, los bancos, las tierras y otros muchos bienes y riquezas, de los que se ven privados los trabajadores. En la sociedad capitalista el motor de toda actividad económica es la obtención de beneficios cada vez mayores, para lograr lo cual los burgueses explotan a los trabajadores y oprimen al pueblo.

Bajo el capitalismo se produce una aguda contradicción entre el carácter social y colectivo de la producción (participan en ella muchas personas, de una forma organizada y para abastecer a toda la sociedad) y el carácter privado de la propiedad de los medios de producción, contradicción que se manifiesta en un profundo antagonismo entre la burguesía, poseedora de los medios de producción, y la clase obrera que, careciendo de esos medios, se ve obligada a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas, enriqueciendo de este modo a quienes la explotan.

Donde hay capitalismo, son los burgueses los que poseen las riquezas frente a la mayoría de trabajadores desposeídos de ellas. Gracias a su poder económico, la burguesía detenta el poder político. Los capitalistas, amos de la vida económica, son también los amos de la vida política, los que controlan el poder político, ya sea mediante un régimen parlamentario, ya sea mediante un régimen fascista.

Ellos son también los que dominan en la vida cultural, imponiendo sus ideas a través de la enseñanza y de los medios de comunicación como son la prensa, el cine o la televisión.

El capitalismo trajo algunos progresos a nuestra patria en el pasado, cuando se abrió paso frente al sistema feudal que suponía una enorme traba para la evolución social de nuestro país y frenaba su desarrollo.

Pero hace mucho que el capitalismo es una lacra para España. El capitalismo supone una creciente explotación de las masas trabajadoras, la miseria de millones de familias en el campo y en las ciudades, la emigración de millones de españoles, el paro, el constante alza de los precios, la falta de escuelas y de dispensarios, unos seguros sociales que son una burla, la inseguridad en el trabajo... El capitalismo ha traído consigo también la venta de una parte de nuestra independencia nacional al imperialismo extranjero. El capitalismo, para defenderse de la revolución y salva-

guardar los intereses de un puñado de privilegiados, ha implantado esa bárbara tiranía que es el fascismo.

Es imposible hablar de los males de España e ignorar el mal mayor que es la causa de todos ellos: el capitalismo. Por lo mismo que es imposible referirse a la historia contemporánea sin acusar al capitalismo, a los explotadores del mundo entero, de ser los causantes de la miseria de miles, de millones de trabajadores, de ser los instigadores de un sinnúmero de guerras, los autores del saqueo y el avasallamiento de unos países por otros, los organizadores del lujo de unos pocos a costa de las privaciones, los sufrimientos y la sangre de los proletarios y los pueblos del mundo entero.

La constatación de estas realidades en nuestro país y fuera de él nos llevan a nosotros, comunistas, y a tantos otros revolucionarios a emprender una lucha a muerte contra el capitalismo, a luchar por el socialismo.

El socialismo, en el terreno económico, es un sistema en el que los medios de producción pasan de ser la propiedad privada de unos pocos a ser propiedad colectiva o social de las masas trabajadoras. Esto hace posible suprimir la explotación de los trabajadores por parte de los capitalistas, orientar la economía no a la búsqueda de mayores ganancias para la clase burguesa, como ocurre bajo el capitalismo, sino a satisfacer las necesidades de las masas populares y a procurarles un creciente bienestar, desarrollar extraordinariamente la capacidad económica de la sociedad y cooperar con otros pueblos según el espíritu del internacionalismo proletario.

A diferencia del capitalismo, el socialismo permite un desarrollo económico planificado y equilibrado, en el que se mantienen unas proporciones adecuadas entre la producción y el consumo, entre la actividad económica urbana y la agrícola, y entre las distintas regiones.

En el terreno político, el socialismo requiere lo que los comunistas llamamos la dictadura del proletariado, esto es un poder basado en una amplia alianza de las masas trabajadoras y dirigido por la clase obrera, que asegura una verdadera democracia para el pueblo, que reprime las tentativas contrarrevolucionarias de los enemigos del socialismo y de la libertad y que aplica una política destinada a acabar con la burguesía como clase.

La dictadura del proletariado no es, como pretenden los defensores de la burguesía, una dictadura sobre las amplias masas. Por el contrario, es una dictadura ejercida por las amplias masas trabajadoras sobre una pequeña minoría: la burguesía.

La dictadura del proletariado necesita de la más activa participación en la vida política del conjunto de los trabajadores, que representan la abrumadora mayoría de la sociedad, y de una estrecha alianza entre la

clase obrera y todos los demás trabajadores del campo y de la ciudad. Requiere asimismo que todos ellos gocen de la más amplia libertad política sin la cual es imposible alcanzar ni lo uno ni lo otro.

La dictadura del proletariado es, pues, una forma de democracia muy superior a la más democrática de las dictaduras de la burguesía: por cuanto se basa en un poder detentado por la mayoría de la sociedad, en la desaparición de los privilegios para una pequeña minoría propios de la sociedad burguesa, en la participación directa de las amplias masas en la elaboración y aplicación de las decisiones del Estado, en la libertad de las amplias masas populares.

En el terreno ideológico, el socialismo trae consigo la continua lucha contra las ideas y los hábitos burgueses y por el aumento de la influencia del marxismo-leninismo, así como la constante elevación del nivel cultural y de los conocimientos científicos y técnicos de las masas.

En la sociedad socialista, sin embargo, no desaparece la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Esta lucha entre los adversarios del socialismo (capitalistas a los que se les ha arrebatado sus bienes, funcionarios y dirigentes aburguesados, etc...) y las masas revolucionarias prosigue, adoptando las más variadas formas.

Con el socialismo, en suma, alcanzará niveles cada vez más altos el poder productivo de la sociedad. Irán siendo superadas las desigualdades entre la ciudad y el campo, entre unas y otras regiones, y entre las diferentes naciones. Tenderá a desaparecer el contraste entre el trabajo físico y el intelectual. Las masas aprenderán a dominar la ideología revolucionaria del proletariado. Tras el aplastamiento del imperialismo y sobre la base de un formidable desarrollo ideológico, económico, científico y técnico, de la superación de las desigualdades señaladas y de la desaparición de las clases, el Estado de dictadura proletaria dejará de ser necesario. Las masas pasarán a administrarse directamente en todos los órdenes, y podrá ser alcanzada la meta anunciada por Carlos Marx, fundador de la ciencia comunista: "de cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades". Se multiplicarán los hombres entregados por entero al servicio de las masas y llenos de desinterés personal, los hombres "universalmente desarrollados y universalmente preparados", de los que habló Lenin. La sociedad comunista se habrá hecho entonces realidad.

Tal es el porvenir radiante que aguarda a las masas obreras y populares, que ellas conquistarán enterrando para siempre el viejo mundo capitalista.

Tal es el porvenir que los comunistas deseamos para nuestro pueblo y para todos los pueblos del mundo.

El mundo contemporáneo ha experimentado una revolución científica y tecnológica que ha transformado profundamente la vida humana. Este proceso de transformación se ha desarrollado a través de un camino que observamos en la actualidad gracias también a los avances en la ciencia y la tecnología. En el campo de la liberación de los pueblos, la ciencia del socialismo se ha desarrollado y en el ámbito de la revolución socialista, las transformaciones que observamos en la actualidad gracias también a los avances en la ciencia y la tecnología.

Los Estados Unidos, la más poderosa potencia imperialista del mundo, en estos tiempos, se hallan sumergidos en una crisis cada vez más aguda. En los órdenes económico y político, las dificultades son enormes. La crisis de la fatiga, sus reflejos en el campo ideológico, en el campo de la cultura, en el campo de la ciencia y la tecnología, de una crisis que, por otro lado, afecta a todo el mundo capitalista occidental. Los monopolistas norteamericanos insisten en la explotación de las fuerzas productivas de los países trabajadores, de las simientes nacionales, de la intelectualidad proletaria.

En la arena internacional, el imperialismo norteamericano se enfrenta a una crisis de gran trascendencia histórica al verse obligado a retroceder en Vietnam, de Corea y de Laos. Estas derrotas suponen el agotamiento de su política de agresión en el ámbito asiático. El establecimiento de relaciones con China y el ingreso de ésta en las Naciones Unidas son otros factores que dan lugar para la política de intentar eludir a China. En este contexto, se observa también una crisis de las relaciones norteamericanas con los países de América Latina, especialmente con Cuba y con los Estados Unidos en América Latina y África. En estos momentos se está negociando el tratado de comercio entre Estados Unidos y la Unión Soviética, lo que representa un desafío para la imperialista de los Estados Unidos.

1

La revolución mundial avanza sin cesar

El mundo contemporáneo ha comenzado ya a caminar hacia el socialismo. A lo largo del siglo veinte se han producido importantes acontecimientos que muestran el vigor de la revolución socialista. Las transformaciones que observamos en la actualidad prueban también que, a través de un camino zigzagueante y difícil, la causa de la liberación de los pueblos, la causa del socialismo se va abriendo paso.

Los Estados Unidos, la más poderosa potencia imperialista de los últimos tiempos, se hallan sumergidos en una crisis cada vez más aguda en los órdenes económico y político. Las dificultades monetarias, la creciente inflación, sus tropiezos en el comercio internacional, el paro... son diversos aspectos de esta crisis, de una crisis que, por otro lado, abarca a todo el mundo capitalista occidental. Los monopolistas norteamericanos responden con la represión a las justas exigencias de las masas trabajadoras, de las minorías nacionales, de la intelectualidad progresista.

En la arena internacional, el imperialismo norteamericano ha sufrido una derrota de gran trascendencia histórica al verse obligado a retirarse de Vietnam, de Camboya y de Laos. Estas derrotas suponen el mayor fracaso de su política de agresión en el sudeste asiático. El establecimiento de relaciones con China y el ingreso de ésta en las Naciones Unidas significan asimismo un duro golpe para la política de intentar aislar a China a toda costa, seguida durante años por los gobernantes norteamericanos. Las revelaciones sobre la intervención de los Estados Unidos en Chile, y más particularmente su participación en el golpe de Estado fascista que derrocó al presidente Allende, han venido a su vez a aumentar el desprestigio del Gobierno imperialista de los Estados Unidos.

La Unión Soviética, patria de Lenin y Stalin y cuna del socialismo, ha caído en manos de los adversarios del socialismo. Este ha sido el resultado de un largo proceso de lucha entre los partidarios del socialismo y ciertos dirigentes aburguesados, los cuales han acabado por instaurar su dictadura sobre las amplias masas populares.

Esta casta de altos funcionarios, de dirigentes del Partido, de mandos del Ejército y de directivos de las empresas, ha obtenido numerosos privilegios y ha convertido la propiedad socialista en una propiedad que, aunque en apariencia sea colectiva, es de hecho un feudo privado suyo, una propiedad de la que ellos disponen a su antojo, sin contar con las masas trabajadoras, y de la que obtienen todo tipo de beneficios.

Esta nueva burguesía encaramada a los puestos dirigentes del Estado se ha entregado a la difusión de la ideología burguesa, revisionista, cultivando el individualismo y propagando el modo de vida burgués. Se ha lanzado, asimismo, a una desenfrenada política de expansión imperialista, so-

juzgando a buen número de pueblos (como es el caso de Checoslovaquia o de Mongolia exterior), entrometiéndose en los asuntos internos de muchos países (Bangla Desh, India, Oriente Medio...) e imponiendo su presencia militar en amplias zonas del globo.

La Unión Soviética, pese a que aún conserva ante mucha gente la imagen de un país socialista, se está manifestando cada vez más como una potencia imperialista. Como tal se comporta cuando une sus esfuerzos a los de los Estados Unidos para tratar de frenar el curso de la revolución mundial. Pero esta unidad entre las grandes potencias es limitada y transitoria. En efecto, tanto la una como la otra no pueden dejar de aspirar a ampliar sus mercados, sus fuentes de materias primas, sus áreas de influencia y, para conseguirlo, han de librarse una lucha sin cuartel.

Las dificultades y contradicciones que asedian a las dos grandes potencias contrastan con el fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias y progresistas en todo el globo.

El Tercer Mundo se ha convertido en un hervidero de actividad antiimperialista. En los países de Asia, Africa y América Latina se manifiestan de un modo especialmente agudo las grandes contradicciones del mundo contemporáneo. Estos países -cuya superficie constituye el 63% de la de toda la tierra y que cuentan con tres cuartas partes de la población mundial- han conocido en la segunda mitad de nuestro siglo varias revoluciones e innumerables combates antiimperialistas, pudiéndose afirmar que su lucha, pese a los inevitables altibajos, sigue una línea claramente ascendente.

La extraordinaria victoria de los pueblos de Vietnam, Camboya y Laos, representa sin duda una de las principales gestas antiimperialistas de la historia. La lucha armada de los pueblos de Tailandia, Malasia, Birmania y Filipinas no deja de intensificarse. El pueblo palestino y los pueblos árabes han sufrido duras pruebas en las dos últimas décadas, saliendo reforzados de ellas, con una más firme conciencia antiimperialista, y con unas mejores posiciones y un mayor prestigio en el ámbito internacional. En Africa, las luchas de los pueblos sometidos al colonialismo portugués han permitido alcanzar ya la liberación de Guinea Bissao y de Mozambique y han jugado un papel decisivo en el derrocamiento del fascismo en Portugal. En el último año ha adquirido un impulso importante la lucha de liberación del pueblo saharauí de Sagufa-El-Hamra y Rfo de Oro (Sahara Occidental) contra el colonialismo español. Los éxitos de los patriotas saharauis nos llenan de alegría a los comunistas españoles que apoyamos plenamente su combate por la independencia y que nos identificamos sin reservas con la justa causa defendida por el Frente Polisario. En Africa, también, se extiende la lucha armada de los pueblos de Zimbabwe (Rodesia) y de Namibia. Los pueblos sometidos a la Unión Soviética en el Este europeo han desplega-

do a su vez acciones de masas contra lo que cada día se va mostrando más como una política imperialista. Las acciones del pueblo checoslovaco contra la ocupación soviética merecen ser resaltadas en este sentido.

Hay que destacar también las medidas antiimperialistas que, en los últimos tiempos, han tomado numerosos Gobiernos del Tercer Mundo para conseguir la independencia económica, para salvaguardar sus riquezas naturales, para estrechar los lazos entre sí en vistas a hacer causa común frente a las potencias imperialistas. La unidad de los países productores de petróleo para lograr el control del mismo y fijar unos precios más dignos, las acciones de bastantes países destinadas a ampliar los límites de sus aguas jurisdiccionales son hechos que dificultan los propósitos de las potencias imperialistas y acentúan la independencia de muchos países. Hay que subrayar también la creciente influencia de estos países en el seno de los organismos internacionales, en especial en las Naciones Unidas, y su participación activa en la toma de decisiones marcadamente progresistas.

En la última década se han desarrollado fuertemente las luchas de los trabajadores y de las masas populares contra los reaccionarios locales, contra los explotadores, contra el fascismo en muy diversos países. Hay que resaltar en este sentido el movimiento de lucha de Mayo de 1968 en Francia, las movilizaciones antifascistas de Portugal, de Grecia, de Italia, el movimiento reivindicativo y político del pueblo de las nacionalidades de España, los continuos combates de los trabajadores argentinos, las acciones de masas contra la tiranía en Etiopía, las protestas populares en la India, las huelgas más y más masivas que tienen lugar en Europa Occidental, las luchas del campesinado de los países capitalistas occidentales y del Japón, el movimiento de masas de oposición a la política de agresión imperialista en los Estados Unidos... Todas esas luchas, de origen muy diverso, que se multiplican en países tan diferentes, dan una idea del incremento de la combatividad de los pueblos del mundo no sólo contra los imperialistas extranjeros, sino también contra los reaccionarios de sus propios países.

En la actualidad, la cuarta parte de la población mundial camina por la senda del socialismo. El país más poblado del mundo, China, tras más de un cuarto de siglo de edificación socialista, ha sabido vencer a cuantos desde dentro o desde fuera han tratado de lograr la restauración del capitalismo. En la propia Europa, un país pequeño como es Albania ha resistido a las presiones tanto del imperialismo occidental como del soviético y ha perseverado en la construcción del socialismo.

Los países socialistas han sacado valiosas lecciones del proceso de degeneración de la Unión Soviética, estando hoy mejor armados para continuar la revolución bajo la dictadura del proletariado. Gracias a la expe-

riencia de la Unión Soviética y a la suya propia, el Partido Comunista de China pudo dirigir hace unos años la revolución cultural proletaria cuyo fin nalidad era precisamente la de afianzar el socialismo en la lucha contra el revisionismo y contra los partidarios del capitalismo. En la arena internacional, se ha reforzado sensiblemente la posición de los países socialistas. Este es el resultado de la aplicación por su parte de una política de coexistencia pacífica entre los diferentes países y de una política internacionalista de amistad y cooperación entre los pueblos.

Entre las dos grandes potencias, por un lado, y los países del Tercer Mundo y los países socialistas, por otro lado, se sitúan los países capitalistas de la Europa occidental, Canadá, Australia y Japón. Estos países se han quedado rezagados en su desarrollo frente a los Estados Unidos y la Unión Soviética, cuyo poderío en todos los planos es muy superior. Para tratar de defender sus intereses desde posiciones más sólidas las burguesías de la mayor parte de los países de Europa occidental están comprometidas en un proceso de unificación económica y política cuyo exponente principal, hasta el momento, es el Mercado Común Europeo. Este proceso de unificación europea, juega un papel positivo desde el punto de vista de la resistencia a la política imperialista de las dos grandes potencias, tanto más cuanto que actualmente Europa y el Oriente Medio son el principal escenario de las rivalidades entre los EEUU y la URSS. Esto no quita para que la política de unificación europea esté inspirada también por el deseo de las burguesías europeas de explotar más a fondo a los trabajadores europeos y a los países del Tercer Mundo.

Todos estos fenómenos a los que nos hemos referido son el resultado y el reflejo de las cuatro principales contradicciones que alberga el mundo actual: la existente entre las naciones y pueblos oprimidos y el imperialismo (de un modo especial el norteamericano y el soviético); la que opone al proletariado y la burguesía en los países capitalistas; la que enfrenta a los países imperialistas entre sí; y la que mantiene en liza a los países socialistas con el imperialismo, en general, y, más particularmente, con los Estados Unidos y la Unión Soviética.

El desarrollo y la interconexión de estas contradicciones da lugar a dos grandes tendencias que caracterizan la evolución del mundo de hoy.

Una es la que empuja a las dos superpotencias a luchar entre sí cada vez con más fuerza, con el fin de dominar al mundo. Esta tendencia se traduce en una febril carrera armamentista y en una constante disputa en los planos político, económico, diplomático y, a veces, militar, por hacerse con nuevas áreas de influencia. Tal lucha ha dado lugar ya a conflictos

armados localizados en distintas regiones del globo y puede llegar a engendrar una nueva guerra mundial.

La otra gran tendencia es la que mueve a los pueblos oprimidos a combatir al imperialismo, al proletariado y a las masas trabajadoras a luchar contra el capitalismo, contra la opresión y por el socialismo, a los países socialistas a reforzar la dictadura del proletariado, a edificar el socialismo y a actuar en el plano internacional conforme a los principios del internacionalismo proletario, y, en fin, a Gobiernos de muy diferentes países a unirse entre sí para hacer frente a múltiples aspectos de la política de dominación de las grandes potencias.

El último cuarto de siglo en el que ahora entramos ha de ser testigo de hondas transformaciones, producto inevitable de un mundo en ebullición. El pueblo español contribuirá con su lucha -está haciéndolo ya- a que estas transformaciones correspondan a los intereses profundos de las amplias masas que combaten en los cinco continentes por un futuro de progreso, de paz, de libertad y de igualdad, por un futuro en el que ningún pueblo y ningún hombre sean víctimas de la explotación.

2

La España de hoy

Para transformar la sociedad española, para resolver sus grandes problemas, es preciso conocer sus rasgos principales. Uno de estos rasgos es el de poseer un sistema económico capitalista.

El capitalismo español ha tenido, desde sus orígenes, un desarrollo irregular y bastante lento. Hasta hace pocas décadas, y a diferencia de lo que ocurría en la mayoría de los países de la Europa occidental, la economía española reposaba fundamentalmente sobre la agricultura, mientras que la industria, considerado el país en su conjunto, tenía un desarrollo escaso. Al mismo tiempo, la actividad económica giraba en torno a explotaciones relativamente pequeñas, artesanales o semiartesanales en muchos casos, y no a empresas de amplias dimensiones. Como consecuencia de esto, en la población activa predominaban los trabajadores independientes, en tanto que los asalariados eran mucho menos numerosos que en la actualidad y se encontraban, además, muy poco concentrados. La población española se hallaba muy dispersa habitando la mayor parte de ella en núcleos urbanos de reducido tamaño.

Si la sociedad española ha seguido presentando, hasta hace relativamente poco tiempo, estos rasgos característicos de un país poco desarrollado, ello ha sido debido a las particularidades que revistió la implantación del capitalismo en nuestro país. La burguesía, desde el momento de su aparición en la vida social española, se mostró como una clase económica y políticamente débil, temerosa de enfrentarse con la aristocracia terrateniente y vacilante en extremo a la hora de emprender las reformas sociales que hubieran permitido un mayor desarrollo del capitalismo, por miedo a que esas reformas fueran aprovechadas por los trabajadores para luchar contra ella. En general, prefirió seguir la política de aliarse con las capas más reaccionarias de la sociedad española, con las capas más hostiles a cualquier tipo de cambio, aunque esto supusiera el obstaculizar el propio desarrollo del capitalismo.

Los treinta últimos años, sin embargo, han sido testigos de importantes transformaciones en la estructura económica y social de España. Nuestro país ha ido perdiendo su carácter predominantemente agrícola, encontrándonos hoy con que apenas un 25% de la población activa trabaja en el campo mientras que a principios de este siglo ésta alcanzaba el 66% y a comienzos de los años cuarenta el 55%. El porcentaje de la producción agrícola dentro del conjunto de la producción nacional ha seguido una evolución similar: de representar más del 40% en los años 20 ha pasado a representar hoy menos del 10%. Otro dato que confirma que la economía española ha dejado de reposar sobre todo en la agricultura es la composición del comercio exterior: hasta hace pocos años los productos del campo suponían el grueso de las exportaciones españolas, no llegando hoy en día a representar ni su cuarta parte.

La industrialización a la que nos estamos refiriendo ha traído consigo la disminución del número de empleadores de mano de obra ajena a un ritmo creciente. Entre 1964 y 1970 su número disminuyó en más de un 13%, siendo la agricultura (con un 54% de disminución) y las industrias fabriles (con un 21%) los sectores más afectados por esta transformación. Como contrapartida, en este período, el número de asalariados aumentó en un 12%, representando estos actualmente más del 65% de la población activa.

Otro aspecto de este proceso es la progresiva monopolización de la economía española. Aunque las empresas pequeñas y medianas son muy numerosas, la importancia de las grandes aumenta sin cesar. Así, en 1972, las 500 principales industrias españolas generaron ellas solas casi el 40% del valor creado por toda la industria y sus inversiones representaron más del 70% de la inversión industrial total. Por lo que respecta a la banca el grado de concentración es igualmente muy elevado: los seis primeros bancos disponen del 60% del total de los recursos de la banca española y de casi el 65% de las oficinas bancarias.

El campo no sólo se ha visto afectado durante este proceso por el progresivo despoblamiento al que hemos hecho mención. Se ha registrado también en él una cierta modernización que se ha manifestado en una incipiente, pero real, mecanización de las labores agropecuarias, en una mayor utilización de los fertilizantes químicos, de los piensos compuestos...

Todo ello no ha supuesto, sin embargo, una transformación radical de la fisonomía de nuestra agricultura, que sigue siendo una de las más pobres y atrasadas de Europa, tanto en lo que respecta a las formas de propiedad de la tierra como en lo tocante a los sistemas de explotación. Buena prueba de ello la encontramos, por ejemplo, en su marcadamente bajo rendimiento: 1.171 dólares de renta por agricultor durante el pasado año, mientras que en los Estados Unidos dicha renta alcanzó los 8.448 y en Francia 3.313.

Otro rasgo que ha caracterizado la evolución de la sociedad española en estos últimos años es la rápida concentración de una parte importante de la población alrededor de unos pocos centros urbanos: en 1970, Madrid, Barcelona y el País Vasco agrupaban casi el 30% de la población española, mientras que en 1960 comprendían el 21% y en 1950, el 18'5%. El reverso de este fenómeno es la acentuación de los desequilibrios y las desigualdades regionales. Así sucede que la renta por habitante de algunas provincias es tres veces inferior a la de otras, que amplísimas zonas del país ven mermar día en día su población, su aportación relativa a la riqueza nacional, sus posibilidades de desarrollo...

La intervención del Estado en la vida económica del país se ha acentuado considerablemente en este período. Su actuación (a través de su polí-

tica monetaria, fiscal, crediticia, etc.; a través del Instituto Nacional de Industria; a través de su actividad en el plano internacional, etc.) ha ayudado considerablemente al reforzamiento del poder de la burguesía monopolista y, de un modo más general, a la consolidación del sistema capitalista.

El conjunto de hechos a los que venimos aludiendo ilustran el proceso de rápida expansión capitalista que está teniendo lugar en nuestro país. Las razones de que, tras tantos años de desarrollo lánguido, el capitalismo español haya dado tal estirón, son muy diversas.

Una de ellas es, sin duda, la posibilidad que tuvieron los capitalistas de someter al pueblo trabajador, tras la derrota de éste en la guerra, a una explotación sin límites, lo que les permitió obtener una fuerte y rápida acumulación de capital. También influyó decisivamente la favorable situación económica en la que, sobre todo a partir de finales de los años cincuenta, se encontraban los países de Europa occidental. Esto ha beneficiado a la burguesía española especialmente de dos formas. Por un lado ha permitido un gran incremento de los ingresos provenientes del turismo y, por otro lado, ha hecho posible que un gran número de españoles emigraran a Europa (a finales del año pasado residían en ella cerca de millón y medio) lo que, además de disminuir el paro, contribuyó a engrosar considerablemente las reservas de divisas españolas gracias a las remesas enviadas por los emigrantes. Por estos dos conceptos -turismo y remesas de los emigrantes- han entrado en España, entre 1961 y 1972, más de 20.000 millones de dólares. Hay que citar, por último, las inversiones que, a partir de 1960, han llovido sobre España, procedentes de los Estados Unidos en primer lugar y también de los principales países capitalistas occidentales. La implantación de empresas extranjeras en España, además de proporcionar más capital a la economía española, ha supuesto también la introducción de cierta modernización en las técnicas de producción y en la administración de las empresas.

Como consecuencia de las transformaciones económicas a las que nos acabamos de referir, ha variado sensiblemente la configuración de las clases sociales en España. Nos referiremos ahora brevemente a estas clases.

El proletariado está formado por obreros de la ciudad y del campo que, al carecer por completo de medios propios con los que ganarse la vida, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Esta clase es la que está sometida a una mayor explotación, es la que está más concentrada y la que trabaja dentro de una mayor disciplina colectiva. Es además la clase más numerosa, representando actualmente cerca del 50% de la población activa española. La clase obrera de hoy, en virtud de la modernización de los medios de producción y de la extensión de la enseñanza, es una clase más culta y capacitada de lo que lo era hace tan sólo unos decenios. Esta clase está llamada a ser la fuerza dirigente y principal de las transformaciones revolucionarias que necesita nuestro país.

Entre la clase obrera y la pequeña burguesía existe toda una gama de trabajadores que, aún teniendo algunos rasgos -por su trabajo o por su situación social- propios del proletariado, no los poseen todos. Nos estamos refiriendo, por ejemplo a los trabajadores independientes o los empleados modestos, a los campesinos que, pese a explotar por cuenta propia algunas tierras, no logran cubrir con esto sus necesidades y se ven obligados a trabajar también como asalariados. Estas capas sociales suponen un porcentaje muy importante de la población activa: alrededor del 25%. Los intereses de estos trabajadores son muy similares a los de la clase obrera, por lo que ésta ha de forjar con ellos la más estrecha alianza tanto en los combates de hoy como en los del futuro.

La pequeña burguesía ocupa una posición intermedia entre el proletariado y la burguesía. Los miembros de esta clase no se distinguen ni por explotar mano de obra ajena ni por ser explotados. En general tienen unos ingresos superiores a los del proletariado y a los de las otras capas que acabamos de mencionar. Tienen también una posición social superior. Pequeño-burgueses son los artesanos, la mayoría de los comerciantes, de los técnicos, de los intelectuales... Lo son también los pequeños campesinos que viven del producto de las tierras que ellos mismos trabajan. Esta clase viene a constituir cerca del 18% de la población activa. Dentro de ella ha adquirido una singular importancia en los últimos años el creciente número de técnicos, trabajadores intelectuales, licenciados y profesionales diversos. La mayor parte de la pequeña burguesía ha sufrido y sigue sufriendo la antipopular política de los grandes explotadores que ha degradado considerablemente la situación de muchos de los miembros de esta clase. La pequeña burguesía y la burguesía son dos clases netamente diferentes. La pequeña burguesía, en tanto que clase trabajadora, posee una amplia comunidad de intereses con el proletariado y tiene importantes razones para oponerse al capitalismo y ser favorable al socialismo, aunque por su modo de vida y de trabajo mantiene unas posiciones políticas menos avanzadas y firmes que las de la clase obrera.

Entre la pequeña burguesía y la burguesía existe una capa social con algunas características particulares. Está integrada por aquellos que aún participando directamente en el trabajo productivo, aún viviendo principalmente de su trabajo, explotan a un reducido número de asalariados. A esta capa pertenecen los comerciantes medios, los dueños de pequeños talleres o negocios, los campesinos que emplean a algunos braceros, una parte de los profesionales, intelectuales y técnicos... Su importancia numérica es escasa, alrededor de un 5%, y todo hace pensar que seguirá disminuyendo en el futuro. Estos sectores viven de forma muy desigual: algunos de ellos, particu

larmente en el campo, ven empeorar su situación de día en día, mientras que otros mantienen aún vivas las esperanzas de prosperar aumentando la parte de sus ingresos procedente de la explotación.

La burguesía está compuesta por todos aquellos que viven de la explotación, directa o indirecta, de mano de obra asalariada. Dentro de esta clase hay que incluir a los dueños de las fábricas, de los bancos, de los comercios de cierta envergadura, a los terratenientes, a los capitalistas agrarios, a los campesinos ricos. Hay que incluir también a los directivos de las empresas, a los altos funcionarios, a los intelectuales y profesionales ricos, etc. Esta clase tiene todos sus intereses puestos en el desarrollo y el reforzamiento del capitalismo, temiendo profundamente al proletariado en tanto que representante de un nuevo sistema social, el socialismo, que supone la eliminación de la explotación capitalista.

La burguesía ha obtenido un gran provecho de la instauración del fascismo en nuestro país, ya que le ha permitido explotar a las masas trabajadoras de una manera particularmente brutal. El régimen fascista, sin embargo, no ha beneficiado por igual a todos los sectores y capas de la burguesía. Ha sido su capa superior, la burguesía monopolista -capa nacida de la unión de la alta burguesía industrial y financiera con la aristocracia terrateniente-, la que más partido ha sacado de la dictadura franquista. Esta capa, que ha aumentado mucho su poder en los años de fascismo, controla actualmente, en mayor o menor grado, el grueso de los recursos económicos del país. Las capas más bajas de la burguesía, por el contrario, han experimentado dificultades a causa de la política de precios, fiscal, industrial, crediticia, regional, etc. del franquismo, política dictada, sobre todo, por los intereses de los grandes capitalistas. La burguesía es una clase muy reducida: apenas si representa el 3% de la población española.

Estos son algunos de los rasgos que caracterizan al nuestro como un país capitalista, que ha conocido en los últimos tiempos una fase de expansión bastante rápida, con un nivel de desarrollo medio, con un acusado grado de concentración monopolista, en el que el Estado juega un papel económico de primer orden... Un país, en suma, en el que el capitalismo monopolista de Estado se encuentra relativamente bien instalado.



Si en el plano económico son un puñado de grandes explotadores los que monopolizan las riquezas del país, disponiendo a su antojo de los frutos del trabajo de la mayoría de la población, en el plano político ocurre otro tanto. La clase que domina la economía del país acapara también el poder político, imponiendo su dictadura a las masas populares.

Hace mucho que el pueblo trabajador vive bajo la dictadura de los grandes explotadores. Sin embargo ésta no ha sido siempre igual.

En 1936, la gran burguesía, los grandes propietarios de industrias y de tierras, los banqueros emprendieron una guerra contra el pueblo de las nacionalidades de España. Con la ayuda de los jefes más reaccionarios del Ejército, a la cabeza de los cuales se hallaba Franco, organizaron un levantamiento militar contra el Gobierno de la República legalmente constituido. También la Iglesia tomó cartas en el asunto colocándose la gran mayoría de sus obispos al lado del bando antipopular.

La finalidad de la gran burguesía al desencadenar esta guerra era la de poner freno al crecimiento de las fuerzas revolucionarias -crecimiento que amenazaba su existencia como clase dominante- y dotarse de un régimen político que salvaguardara sus intereses de una forma más eficaz que la República burguesa parlamentaria y le permitiera seguir explotando a los trabajadores.

Después de tres años de lucha, la gran burguesía, con la colaboración directa de los regímenes fascistas de Hitler y Musolini y la camuflada de los imperialistas yanquis, británicos y franceses, consiguió derrotar a nuestro pueblo e instaurar el régimen terrorista y antidemocrático que hoy conocemos.

La instauración de este Régimen -el fascismo- no sólo consolidó la dictadura de la gran burguesía sino que la hizo aún más dura, acarreando numerosas calamidades para el pueblo.

El triunfo del fascismo trajo consigo el asesinato, el encarcelamiento o el exilio de decenas de miles de hombres y mujeres de nuestro pueblo. Supuso la negación de toda libertad democrática y la práctica de un terrorismo constante contra el pueblo por parte de un Estado burgués particularmente curtido y modelado para cumplir esta función. El fascismo acabó, asimismo, con todas las mejoras económicas y sociales arrancadas por los trabajadores al capital tras largos años de lucha, condenándolos a unos salarios y a unas condiciones de trabajo infernales. El fascismo supuso también la liquidación de la reforma agraria llevada a cabo por la 2ª República con la consiguiente privación de tierras a un gran número de campesinos.

La implantación del fascismo en nuestro país significó para las nacionalidades minoritarias la supresión de todos sus derechos y libertades tan laboriosamente conquistados. El fascismo ha sido también el Régimen que con más saña ha negado los derechos de la mujer, que más bárbaramente ha combatido a los estudiantes, intelectuales, científicos y artistas que no han aceptado su ideología reaccionaria, la enseñanza antipopular, el abandono cultural y científico en el que ha hundido a nuestro país la dictadura fran-

El fascismo es igualmente el reino de la corrupción, de los negocios sucios, de los grandes estafadores sobre los que nunca se hace justicia.

Superexplotación, negación de las libertades individuales y nacionales, represión terrorista... Tal es el resultado de la instauración del fascismo en nuestra patria.



Tras la derrota de sus aliados alemanes e italianos en la II Guerra Mundial, el régimen franquista quedó particularmente aislado en el plano internacional. Para salir de este aislamiento y para mejorar sus posiciones económicas la burguesía monopolista española unió entonces su suerte a la del campo imperialista occidental y, de una manera especial, al imperialismo norteamericano. Esta vinculación se realizó en unos términos que suponen un serio quebranto para la independencia y la soberanía nacional de nuestro país.

En el orden económico, los imperialistas norteamericanos y de otros países occidentales ejercen una importante influencia, sirviéndose de múltiples medios: control directo de un crecido número de grandes empresas (e incluso de algunas ramas de la producción, como son la electrónica, los automóviles, la química...), préstamos y créditos, venta de patentes y procedimientos técnicos (en perjuicio del desarrollo de la investigación nacional), etc. Todo esto, además de suponer una sangría para la economía española (muchos son los millones que salen todos los años de España con destino a los Estados Unidos y a Europa), dificulta altamente su progreso independiente.

En el plano militar y político las bases norteamericanas y los acuerdos bilaterales con los Estados Unidos traen consigo un grave peligro para nuestro país, que queda así directamente expuesto a las consecuencias de una posible guerra entre las grandes potencias, y lo convierten en una plataforma para la política de agresión norteamericana contra nuestro pueblo y otros pueblos del mundo.



El creciente auge de las luchas obreras y populares constituye otro de los rasgos característicos de nuestro país en la actualidad. La pérdida de la guerra supuso para nuestro pueblo un duro golpe moral y material. Muchos combatientes antifascistas murieron, otros muchos fueron encarcelados, otros tuvieron que emprender el camino del exilio. Las organizaciones obreras y populares se vieron diezmadas y condenadas a la ilegalidad. Las fuer-

zas de la revolución española entraron así en una época difícil de la que habrían de ir rehaciéndose poco a poco.

Este largo proceso ha experimentado un notable impulso en los últimos quince años en los que asistimos a un fortalecimiento creciente del movimiento obrero y popular.

La opresión fascista y las condiciones de vida que el capitalismo reserva a las masas han estimulado un número cada vez mayor de luchas obreras y populares, más y más intensas, más y más masivas. Ejemplos de este fuerte auge de las luchas de las masas son las imponentes huelgas de los mineros de Asturias en los años 62 y 64, el vasto movimiento de protesta que se organizó contra el Proceso de Burgos, las huelgas generales de Navarra, de El Ferrol, de Vigo, del Bajo Llobregat, las jornadas del 11 de Diciembre y 11 de Junio en Euskadi.

En nuestro país no se reconoce el derecho a la huelga ni otros muchos derechos democráticos. Pese a ello, España es uno de los países capitalistas en los que se registra un mayor número de huelgas y en los que hay más luchas de todo tipo, lo cual dice mucho en favor de la combatividad de nuestro pueblo. A la cabeza de estas luchas está indiscutiblemente la clase obrera.

Mas no es la clase obrera la única que se lanza al combate. Junto a las luchas obreras hay que destacar las numerosas luchas estudiantiles, incesantes en los últimos años y que tienen un carácter netamente antifascista. Destacan igualmente las luchas campesinas entre las cuales sobresalen las repetidas huelgas de los braceros del Marco de Jerez.

Particular relieve ha venido adquiriendo la acción de las nacionalidades oprimidas contra la opresión que sufren a manos del centralismo fascista, su lucha por defender su lengua y cultura nacionales.

A estas luchas se han ido sumando las de nuevos sectores del pueblo: pescadores, ganaderos, médicos, profesores de Universidad e Institutos, artistas, pequeños comerciantes...

Son de destacar igualmente las acciones de protesta de las amas de casa contra la carestía de la vida y las que a diario se producen en los barrios populares contra la falta de escuelas, contra los insuficientes y malos servicios sanitarios, por unos mejores transportes, contra la contaminación...

Provincias y regiones enteras que anteriormente no habían sido escenario de acciones de masas, lo son hoy repetidamente, pudiéndose decir que han quedado muy atrás los tiempos en que los movimientos de masas estaban circunscritos a seis o siete provincias.

Al calor de este auge de la lucha de las masas, las fuerzas revolucionarias han crecido considerablemente tanto en extensión como en influencia. Su capacidad para movilizar a sectores relativamente amplios de la clase obrera y de otras clases populares se ha puesto de relieve particularmente durante el último período en el que han dirigido luchas de gran importancia.

Pese a todo esto, forzoso es reconocer que todavía queda mucho por recorrer en el camino hacia la maduración revolucionaria del movimiento de masas debido a la considerable influencia que aún ejercen en él las diferentes corrientes reformistas que existen en el país.



De un tiempo a esta parte, el viejo edificio fascista está perdiendo su solidez de antaño. A ello están contribuyendo factores de orden muy diverso. Las luchas de masas, como acabamos de señalar, han adquirido unas dimensiones nunca conocidas. La voluntad popular de terminar con el fascismo es hoy más fuerte que nunca. El aislamiento político del Régimen jamás ha sido tan acusado como en estos momentos en los que ve separarse de él a muchos de los que antes lo defendían. El problema de la inevitable y próxima desaparición de Franco se plantea cada día más agudamente. La crisis económica actual, por otra parte, ha puesto de relieve las desagradables consecuencias que está teniendo para el capitalismo español el permanecer al margen del proceso de integración europea y cómo, sin participar en él, sus posibilidades de expansión se ven seriamente limitadas.

Todos estos factores están impulsando a la clase en el poder a desconfiar de la eficacia del Régimen para resolver sus problemas. Le están llevando a tomar una serie de medidas destinadas a sustituir este régimen fascista por otro de corte democrático burgués. Todo ello con la esperanza de que éste le pueda servir mejor para intentar contener y canalizar las luchas de las masas, para tratar de aislar a los revolucionarios, para romper con su actual aislamiento político, para franquear el camino hacia la Comunidad Económica Europea (en la que no podrá ingresar mientras subsista el fascismo), para, en definitiva, estabilizar y consolidar su dominación.

Con estas miras, la burguesía monopolista fomenta, a través de la prensa, una ideología más o menos liberal, en contradicción con la vieja ideología fascista, se esfuerza por promover nuevos líderes demócrata burgueses que le puedan ser útiles el día de mañana, tolera a ciertas fuerzas

reformistas que constituyen sus reservas políticas para un posible régimen parlamentario...

No obstante, importantes sectores del aparato del Estado se resisten a cualquier tipo de cambio y la propia burguesía monopolista se muestra llena de vacilaciones y no ha acertado a unificar sus criterios respecto al alcance de las transformaciones políticas que hay que hacer y al ritmo al que deben realizarse. De ahí que, hasta el presente, la evolución política del Régimen haya sido muy reducida, y que su política siga teniendo un carácter netamente fascista.

En la actualidad la situación por la que atraviesa el régimen fascista es particularmente crítica: las tímidas medidas "aperturistas" no consiguen sino agravar esta crisis, al hacer más y más patentes los límites de una evolución controlada por el Gobierno franquista. Al propio tiempo, la vuelta a un fascismo más puro y sin perspectivas de evolución sólo serviría para aislar todavía más al Estado. En tales circunstancias es especialmente necesario reforzar y unir al movimiento antifascista para que sepa vencer las resistencias de los enemigos de la libertad y obtener las conquistas democráticas que desea nuestro pueblo.



La revolución en España

3

La revolución en España

La solución de los grandes problemas de la España de hoy requiere la realización de una revolución que en su primera fase habrá de cumplir las tareas a las que vamos a hacer referencia a continuación.

La revolución deberá destruir el Estado de la gran burguesía y reemplazarlo por una República popular y democrática, por una República de trabajadores dirigida por la clase obrera. Destruir el actual Estado significa desarticular la Policía y el Ejército y disolver el aparato gubernamental y judicial. El nuevo Estado que se levantará sobre las ruínas del Estado reaccionario representará a las clases sociales que hayan participado en la revolución, estará dirigido por la clase más consecuentemente revolucionaria -el proletariado- y extraerá su fuerza del apoyo que le dará el pueblo en armas. Este Estado asegurará al pueblo el disfrute de las libertades democráticas, al tiempo que reprimirá a sus enemigos, con el fin de cerrar el camino a las tentativas de restaurar una dictadura antipopular.

La revolución deberá desposeer a la gran burguesía, nacionalizando sin indemnización sus propiedades en la industria, la banca, la agricultura, el comercio, etc. Esto será preciso para impedir que esta clase se sirva de su poder económico para oprimir al pueblo y para que éste pueda hacerse dueño de sus destinos. Ello supondrá, asimismo, un duro golpe para el sistema capitalista y permitirá edificar una economía avanzada e independiente que progrese por la vía del socialismo y que garantice un creciente bienestar a las masas populares.

Para conseguir que España sea soberana e independiente, la revolución deberá terminar con la presencia de las tropas norteamericanas que están en nuestro suelo y anular los tratados concluidos entre los Estados Unidos y la burguesía monopolista española, así como cuantos tratados desiguales pueda firmar en el futuro con una u otra potencia imperialista. Igualmente, habrá de expropiar los bienes de los imperialistas extranjeros y tomar cuantas medidas sean necesarias para salvaguardar la independencia nacional. Se deberán tomar las medidas adecuadas para obtener el restablecimiento de la soberanía española sobre el Peñón de Gibraltar.

El Poder revolucionario llevará a cabo la separación de la Iglesia y el Estado, declarando la religión asunto privado y asegurando la libertad de conciencia y de culto.

La República revolucionaria renunciará incondicionalmente a las posesiones coloniales en Africa, concediendo la independencia al Sahara (si ésta no ha sido conquistada ya) y restituyendo Ceuta, Melilla y los peñones e islas adyacentes a Marruecos. Al propio tiempo, mantendrá una política de paz con los diferentes países del mundo y de amistad y ayuda mutua con todos los pueblos.

Uno de los grandes problemas que habrá de solucionar la revolución triunfante es el del campo. En este sentido, será necesaria una reforma agraria revolucionaria que confisque las tierras de los grandes propietarios y las ponga a la disposición de los braceros y de los campesinos pobres para que éstos las exploten como libremente decidan. Será también tarea del nuevo Estado impulsar las formas de cooperación que sean más beneficiosas para el desarrollo del campo y para elevar el nivel de vida de las masas. La reforma agraria ha de aportar un gran apoyo al campesinado en materia de subvenciones y créditos baratos a largo plazo, canales de regadío, parques de aperos, asistencia técnica, abonos y semillas, vías de comunicación, electrificación, prevención y lucha contra las plagas y las calamidades naturales en general. El Estado habrá de hacerse cargo de los grandes canales de distribución de los productos agropecuarios, asegurando la presencia de representantes de los campesinos y ganaderos en su gestión, y garantizará la compra de esos productos a precios remuneradores. La enseñanza será gratuita y se multiplicarán las escuelas en las zonas rurales. La asistencia médica llegará a todos los confines del campo español, donde se creará un régimen de seguridad social agraria verdaderamente ajustado a los intereses del campesinado. El Estado fomentará la industrialización en el campo y pondrá los medios para que se vayan superando las injustas desigualdades entre la ciudad y el campo, y entre las regiones agrícolas y las industriales. La reforma agraria, además de transformar radicalmente las condiciones de vida de las masas campesinas, será un medio de primera importancia para sanear y robustecer la economía nacional y para mejorar, en consecuencia, la situación de todo nuestro pueblo.

Las transformaciones revolucionarias de las que estamos hablando deberán ir unidas a la liquidación de la opresión que sufren hoy las nacionalidades minoritarias y al reconocimiento sin reservas de los derechos nacionales de Euskadi, Galicia, Cataluña, del País Valenciano y las Islas Baleares. El derecho al autogobierno habrá de ser respetado y deberán entrar en vigor inmediatamente regímenes de autonomía que permitan a los representantes de estas nacionalidades la puesta en pie de organismos autónomos capaces de tomar decisiones por sí mismos en los más variados terrenos. La revolución declarará oficiales las lenguas minoritarias, suprimirá las trabas que actualmente se oponen a su desarrollo y les dará su más firme apoyo. El Poder popular reconocerá el derecho a la autodeterminación de estas nacionalidades, derecho según el cual cada una de ellas ha de fijar libremente las relaciones que desea mantener con las nacionalidades vecinas y que comporta la posibilidad de separarse para constituir un Estado aparte, si la mayoría de la población así lo desea. Llegado el momento de hacer uso del derecho a la autodeterminación, los comunistas nos pronunciaremos en cada caso por la fórmula concreta que mejor garantice la liberación de las nacionalidades

oprimidas y la completa solución de la cuestión nacional dentro del cuadro de la unidad libremente consentida de todas las nacionalidades de España, por entender que es la unidad fundada en el libre consentimiento, y no la disgregación, la que responde a los intereses del pueblo y al avance de la revolución.

El nuevo Poder habrá de establecer, igualmente, un régimen de autonomía para las Islas Canarias y llevar a cabo las consultas que sean necesarias para que se manifiesten y sean atendidas las aspiraciones del pueblo canario.

La revolución deberá poner en pie una política destinada a impulsar el desarrollo económico de aquellas regiones que han padecido un mayor abandono y, también, a facilitar el fortalecimiento de sus peculiaridades. Particular importancia tendrá el terminar con la emigración, creando para ello los puestos de trabajo y las viviendas necesarias en las provincias de mayor emigración.

La revolución habrá de desplegar sus esfuerzos en múltiples direcciones con el fin de mejorar sensiblemente las condiciones de vida de las masas. En este sentido, habrá de acabar con el alza de los precios, terminar con la especulación del suelo urbano y construir las viviendas necesarias para que todos los miembros del pueblo estén bien alojados, aumentar los transportes públicos, ampliar y mejorar la red de asistencia sanitaria, establecer un sistema de seguridad social que permita mantener el nivel de vida en caso de paro, invalidez y vejez, y poner en práctica una política del medio ambiente que, de un modo especial, se ocupe de combatir la contaminación y de promover zonas verdes y deportivas.

Se deberán tomar las medidas precisas para suprimir el paro y se habrá de mejorar las condiciones de trabajo. Así, se rebajará la duración de las jornadas laborales y se disminuirán los ritmos de trabajo excesivos; se pondrán los medios para terminar con los accidentes de trabajo y se organizará la producción democráticamente, contando con el concurso activo de los trabajadores.

La revolución desarrollará una actividad cultural y científica puesta por entero al servicio de las masas trabajadoras, impartiendo una enseñanza democrática, popular, laica y científica, incrementando el número de escuelas y de centros de estudio y haciendo que la educación sea gratuita.

El Poder revolucionario habrá de terminar con las escandalosas discriminaciones que padece la mitad de la población española, las mujeres, garantizando la plena igualdad del hombre y la mujer.

Estas son las grandes tareas que la revolución habrá de acometer. Naturalmente, de aquí al día en que el pueblo acceda al Poder, la sociedad española puede sufrir cambios que exijan reajustes parciales en el programa que acabamos de trazar. Al esbozarlo no pretendemos predecir como se desarrollará la revolución en todos sus detalles sino dibujar a grandes rasgos sus tareas principales, presentando al propio tiempo un conjunto de soluciones revolucionarias a los problemas fundamentales de la España de hoy.



La revolución cuyo programa hemos resumido supone la liquidación del poder económico de la burguesía monopolista (que representa del 70 al 80 % del poder económico del conjunto de la burguesía) y la destrucción del Estado de dictadura burguesa. Supone, al propio tiempo, la formación de un Poder político, bajo la hegemonía de la clase obrera, que controla el grueso de la economía. Una revolución con estas características fundamentales es una revolución socialista.

Es una revolución socialista, en efecto, la que corresponde a un país capitalista relativamente desarrollado como es España, a un país en el que las contradicciones entre los trabajadores y la burguesía revisten una particular agudeza, a un país en el que existe un proletariado fuerte y numeroso que constituye no sólo la fuerza dirigente sino también principal de la revolución, a un país en el que la clase obrera puede contar con la alianza de importantes capas no proletarias que no pueden esperar nada bueno del capitalismo, de un país, en fin, en el que los sectores de la población cuyos intereses se confunden con la supervivencia del capitalismo representan una ínfima minoría. El desarrollo económico y la consiguiente configuración de las clases de la sociedad española hacen imposible una revolución que no entre de lleno en la edificación del socialismo. La actual concentración de los resortes fundamentales de la economía en unas pocas manos ha de permitir, a su vez, tomar unas medidas rápidas y de gran alcance en vistas a lograr la transformación económica de España.

Esta apreciación sobre el carácter socialista de la revolución pendiente tiene la misma validez para el caso de que la revolución haya de enfrentarse a un régimen fascista como para el caso de que encuentre frente a sí una dictadura burguesa bajo formas parlamentarias. Ahora bien, todo esto no nos lleva ni a menospreciar hoy, en la lucha contra el fascismo, la posibilidad de granjearnos aliados que por sus intereses de clase están en contra del socialismo, ni nos lleva a considerar que la revolución triunfante habrá de golpear por igual y a la vez a todas las capas de la burguesía. Por el contrario, habrá de reservar sus primeros y más fuertes golpes a su ca-

pa superior, a la más fuerte y peligrosa, con el fin de hacer más grandes las divisiones en el seno de la burguesía, de restar aliados a la burguesía monopolista y de neutralizar en lo posible la hostilidad hacia el proletariado revolucionario de las capas burguesas no monopolistas.



La revolución persigue destruir el Estado burgués y arrebatar su poder económico a los explotadores que explotan al pueblo trabajador.

Nuestro deseo sería que estas metas se alcanzaran pacíficamente.

Sin embargo, la experiencia de la lucha de clases en el mundo y en España no hacen sino mostrar la firme voluntad de las clases explotadoras de no ceder su poder sin oponer una resistencia encarnizada.

El más de medio siglo transcurrido desde que triunfó la revolución socialista en Rusia en 1917 ha sido testigo del reforzamiento de las fuerzas armadas contrarrevolucionarias. Los Estados burgueses se han armado cada vez más, los Ejércitos reaccionarios no han cesado de profesionalizarse alejándose así aún más del pueblo, la represión del movimiento obrero y popular se ha intensificado considerablemente... Las clases dominantes temen la revolución y no dudan en recurrir a los peores medios para tratar de impedir la. Ni una sola revolución ha podido triunfar pacíficamente. Todas ellas se han visto obligadas a recurrir a la lucha armada como único camino para obtener la victoria.

En España, la gran burguesía ha ahogado en sangre las luchas revolucionarias de las masas trabajadoras y ha instaurado una dictadura fascista para intentar contener estas luchas. El propósito de defender a toda costa sus privilegios ha sido manifestado mil veces por nuestros enemigos mortales, con palabras y con hechos. Los españoles hemos aprendido, derramando nuestra sangre, que el derrocamiento de los actuales dueños de España, la conquista de una verdadera democracia revolucionaria, del socialismo, no se conseguirán por las buenas.

Los revolucionarios españoles estamos muy bien situados para percibir el alcance de la afirmación leninista de que "Nuestra consigna debe ser armar al proletariado para que pueda vencer, expropiar y desarmar a la burguesía", o para comprender, también al mismo Lenin, cuando insistía una y otra vez en la "necesidad de inculcar sistemáticamente en las masas la idea de la revolución violenta", idea que, como él decía, "está en la base de toda la doctrina de Marx y Engels".

Cuando los comunistas recordamos estas ideas no lo hacemos guiados por instintos sanguinarios. Lo hacemos porque pensamos que son el fruto de una experiencia histórica que ha costado miles de sacrificios y de vidas a las masas trabajadoras y porque, si no se sacan las necesarias lecciones de esa experiencia, el pueblo no se podrá preparar para hacer frente con éxito a las embestidas de sus enemigos y la revolución no podrá triunfar en España.

Hoy, ciertamente, no se reúnen en nuestro país las condiciones para desencadenar la lucha armada. Las masas obreras y populares tienen que hacer antes otras experiencias, tienen que desarrollarse aún más las luchas políticas de masas no armadas, tiene que progresar la organización de las masas trabajadoras y fortalecerse su vanguardia comunista. Hoy no nos encontramos en una fase en la que haya que iniciar la lucha armada, pero cuando hacemos ver a las masas la necesidad de esa lucha, cuando impulsamos movimientos de masas que permitan a éstas, por su propia experiencia, comprender la necesidad de formas de lucha superiores, cuando nos preparamos ideológica, política y organizativamente de cara a unos enfrentamientos más agudos con el enemigo de clase, cuando hacemos todo esto, estamos preparando activamente el terreno para que en el futuro pueda comenzar y progresar la lucha armada revolucionaria, la lucha armada de masas.

El proceso de acumulación de fuerzas revolucionarias no ha de seguir una trayectoria simple y lineal. Desde hoy hasta el triunfo de la revolución habrá de atravesar por diversas fases determinadas por el grado de desarrollo de las fuerzas revolucionarias, por las formas que adopte la dominación de la gran burguesía, por la influencia que tenga el reformismo, por la actitud que adopten las fuerzas intermedias de cara al proletariado y a la burguesía monopolista, por las condiciones internacionales...

Estos factores habrán de influir sobre el modo concreto en que se desarrollen las fases previas a la completa toma del poder, sobre las posibles formas de transición hacia la total victoria de la revolución, sobre el hecho de que coexista o no con restos del poder enemigo durante algún tiempo. La historia de las revoluciones de nuestro siglo nos enseña que los caminos para la toma del poder son múltiples y que es contraproducente pensar en un solo camino, en una sola posibilidad.

Es preciso comprender que el proceso revolucionario no será rectilíneo y sencillo sino cambiante y complejo, y que a lo largo de él se presentarán numerosos problemas que actualmente apenas podemos entrever.



Tras la victoria de la revolución, bajo el régimen que los comunistas llamamos de dictadura del proletariado, proseguirá la lucha de clases

con gran intensidad. La clase obrera y la burguesía se enfrentarán en mil nuevos combates. Los partidarios del socialismo habrán de oponerse constantemente a los partidarios del capitalismo.

Para continuar la revolución socialista, el Partido comunista y los trabajadores revolucionarios habrán de ser fieles a los siguientes principios:

1º.- Reforzar ininterrumpidamente las posiciones proletarias en el campo de la ideología, empeñándose en la revolucionarización ideológica para que el marxismo-leninismo penetre en las masas y sea plenamente adoptado por ellas.

2º.- Fortalecer continuamente las posiciones proletarias en el terreno de la política, llamando a las masas a intervenir activamente en la vida política, a levantarse, cuantas veces sea preciso, contra los partidarios de la vuelta al capitalismo y a depurar el Poder revolucionario.

3º.- Consolidar la alianza de la clase obrera con el resto de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

4º.- Estimular el desarrollo del sector público o socialista y llevar adelante la transformación socialista de la industria, del comercio, de la agricultura y la artesanía, extendiendo la propiedad socialista y las relaciones socialistas de producción.

5º.- Practicar una política de apoyo mutuo de las diversas fuerzas revolucionarias del mundo y forjar estrechos lazos con los países socialistas.

Las luchas de las masas populares por mejorar sus condiciones de vida y por la libertad han adquirido un gran impulso en los últimos años. El aislamiento político del régimen franquista es hoy mayor que nunca. Este régimen político está dificultando las tentativas de la burguesía monopolista de abrir mejores perspectivas a la expansión económica capitalista, vinculando nuestro país a la Europa del Mercado Común. Todo esto ha motivado una crisis en el modo de gobernar de la gran burguesía.

Esta crisis, de la que los comunistas tenemos que sacar el máximo partido, no es, sin embargo, una crisis revolucionaria, no es una crisis que ponga en peligro de muerte el dominio mismo del gran capital. Es una crisis del sistema concreto de gobierno del que se ha servido durante las últimas décadas. Actualmente, la relación de fuerza entre partidarios de la revolución y partidarios de simples reformas no permite aún convertir la crisis actual en una crisis revolucionaria. Sin embargo el grado de organización, de conciencia y de lucha alcanzado por sectores importantes de nuestro pueblo sí permite llevar a cabo combates parciales, de mayor o menor importancia, a través de los cuales las masas puedan proseguir su avance hacia metas más ambiciosas, hacia la revolución.

De conformidad con esta apreciación de la situación actual, nuestro Partido, además de popularizar las metas revolucionarias de las que hablábamos en el capítulo anterior, se esfuerza por llevar a las masas consignas de acción de alcance más limitado capaces de movilizar en lo inmediato a amplios sectores del pueblo.

CONSIGNAS DE ACCION PARA EL MOMENTO PRESENTE

Entre estas consignas figuran las siguientes:

Liquidación del régimen fascista. Libertad, sin restricciones, de asociación, expresión, reunión, manifestación y huelga. Libertad para todos los presos políticos y vuelta de los antifranquistas exiliados. Readmisión de los trabajadores despedidos por defender los intereses de la clase obrera.

Disolución de la Guardia Civil, de la Policía Armada y de la Brigada de Investigación Social. Supresión de los tribunales militares y del Tribunal de Orden Público. Destrucción de los archivos policiales concernientes a las organizaciones antifascistas.

Investigación de los delitos económicos cometidos al amparo del franquismo y juicio público de sus autores. Formación para tales fines de comisiones de investigación democráticas.

Juicio público de los altos funcionarios, de los jueces y fiscales, de los policías y de los mandos del Ejército que hayan cometido graves delitos contra el pueblo. Creación de comisiones democráticas capacitadas para investigar sobre las actividades de los miembros del aparato del Estado fascista.

Establecimiento inmediato de un régimen de autonomía en Cataluña, en el País Valenciano, en las Baleares, en Euskadi, en Galicia y en las Canarias, y reconocimiento del derecho a la autodeterminación para las nacionalidades oprimidas. Declaración de las lenguas minoritarias como lenguas cooficiales en las nacionalidades respectivas.

Supresión de las bases norteamericanas sobre el suelo español.

Retirada inmediata de las fuerzas españolas del Sahara, transmisión incondicional de poderes a los legítimos representantes del pueblo saharauí y reconocimiento sin reservas de su independencia.

Separación de la Iglesia y el Estado.

A estas consignas netamente políticas se unen otras en las que intervienen factores económicos, sociales, culturales y también políticos.

A esta categoría pertenecen las consignas relativas a las mejoras de todo tipo reclamadas por los representantes de los trabajadores de la ciudad y el campo; a la necesidad de una reforma de la sanidad que permita atender digna y suficientemente a la población trabajadora; a la adopción de las medidas precisas para poner fin a la escandalosa especulación inmobiliaria y para asegurar una vivienda decente y económica a cada familia; a la reforma del régimen fiscal, basada en la supresión del impuesto sobre el rendimiento del trabajo personal, en una disminución de los demás impuestos que recaen sobre las masas trabajadoras y en un aumento progresivo de los impuestos sobre las rentas elevadas; a la puesta en pie de una política destinada a fomentar el desarrollo económico de las regiones que han sido víctimas de un mayor abandono bajo el fascismo. A estas reivindicaciones hay que agregar, en fin, la de una reforma democrática de la enseñanza y de la Universidad de acuerdo con las aspiraciones expresadas por los estudiantes, por los profesores y por las masas trabajadoras.

Estas consignas corresponden a la situación actual, al actual nivel de lucha, de conciencia y de organización de los diversos sectores de las masas, a la actual relación de fuerzas entre los partidarios de la revolución y los partidarios de simples reformas, a la política que sigue actualmente la clase en el poder.

Los cambios que puedan operarse habrán de hacer que tal o cual consigna pierda su carácter movilizador o educativo, que pierda su razón de ser, y, en consecuencia, habrá de verse modificada o deberá ser reemplazada por otra consigna. Otro tanto sucederá si algunos de los objetivos aquí enunciados son alcanzados. Inmediatamente habrán de ser sustituidos por otros capaces de seguir movilizando y educando políticamente a las masas.

Hay que decir también que esas consignas pueden tener que ser utilizadas de diferente forma en virtud de las condiciones de cada lugar, de cada nacionalidad, de cada región. Ciertamente, habiendo las diferencias que hay entre las situaciones políticas de distintos lugares de España, lo que es adecuado en un sitio puede quedarse corto o ser excesivo en la provincia vecina. Se requiere, por lo tanto, que estas consignas sean utilizadas de una forma flexible y realista, teniendo siempre en cuenta a quiénes van dirigidas.

Por otro lado, el trabajo en cada sector (clase obrera industrial, campesinado, universitarios...) requiere que se desarrollen programas de acción concretos, que den unas respuestas amplias y precisas a problemas concretos que en el cuadro de unas consignas generales no pueden tener un tratamiento acabado.

NUESTRO PARTIDO Y LA LUCHA POR LAS LIBERTADES

Entre los objetivos señalados más arriba figura el de conquistar las libertades democráticas.

La cuestión de la lucha por las libertades es actualmente el problema político de mayor importancia en la lucha política de masas. Es el tema fundamental en la agitación política entre las masas, se refiere al punto más vulnerable del actual sistema de gobierno de la burguesía monopolista y afecta de un modo directo a todas las clases de la sociedad española.

Por todo esto deseamos definir brevemente nuestra posición sobre este problema.

Diremos, en primer lugar, que nuestro Partido está empeñado con todas sus fuerzas en la lucha por las libertades, considerando como algo positivo tanto la acción de las masas en pos de las libertades como las libertades mismas que se puedan ir consiguiendo y que el pueblo deberá utilizar a fondo para extender su organización, ampliar sus luchas y reforzar sus posiciones. Nuestro Partido lucha por tanto resueltamente por las libertades democrático-burguesas.

En esta perspectiva nos esforzamos porque la acción en favor de las libertades sea una verdadera lucha de masas. Ello es necesario para vencer la resistencia de los sectores que no están dispuestos a arrinconar al fascismo. Lo es también para hacer más amplias las conquistas democráticas que se vayan alcanzando, para romper los límites que los enemigos del pueblo tratan de poner a estas conquistas. Lo es, asimismo, para asegurar esas conquistas: lo que se logre con lucha será más difícil de arrebatar que lo que sea una simple concesión de la clase en el Poder. Lo es, en fin, para que estos combates den lugar a una dinámica de lucha contraria a la pasividad, tanto antes como después de la posible instauración de un régimen democrático-burgués.

Al mismo tiempo, tratamos de unir la lucha por la libertad a la lucha contra quienes han traído el fascismo a España, contra la clase en el Poder y sus servidores políticos, militares y policíacos, para suscitar un movimiento, una corriente combativa que eduque al pueblo políticamente. Procuramos así que las masas trabajadora den a su lucha una orientación consecuentemente antifascista, que no queden sumergidas dentro del movimiento liberal burgués, que sepan pasar de la acción contra la forma fascista de la dominación del gran capital a la acción contra la burguesía monopolista y contra su Estado, sean cuales sean las formas que éste adopte.

HAY QUE LOGRAR LA MAS AMPLIA UNIDAD ANTIFASCISTA

Nuestro Partido se ha manifestado numerosas veces a favor de la realización de la más amplia unidad antifascista, de la unidad de todos cuantos, por unas razones u otras, de un modo más activo o menos activo, se oponen al mantenimiento del régimen fascista.

La unidad que preconizamos ha de establecerse sin excluir a ninguna fuerza que desee participar en la acción común contra el fascismo. Ha de fundarse en unos acuerdos mínimos que sean aceptables para los diversos sectores de la oposición democrática. Ha de tener, asimismo, un carácter positivo de lucha contra el franquismo y no un carácter negativo como sería el de basarse en unos compromisos para el futuro que atarían de manos a las fuerzas políticas cuyos objetivos van más lejos que el derrocamiento del fascismo. En tal sentido, consideramos que es un planteamiento negativo el de aquellos que quisieran basar la unidad en unos compromisos que restringen el alcance de las futuras libertades.

Esta política de amplia unidad antifascista está dando ya sus frutos y ha de dar aún muchos más.

Esta política está sirviendo para impulsar la lucha contra el fascismo y por la libertad, con todo lo que esto supone para nuestro pueblo.

Igualmente, está sirviendo para reforzar los lazos de nuestro Partido con las masas obreras y populares, para afirmar la presencia de los comunistas en la lucha democrática, para dificultar las tentativas de ciertas fuerzas que tratan de monopolizar la causa de la libertad y de aislar a los revolucionarios, y para poner en evidencia las maniobras escisionistas y la inconsecuencia de algunos sectores que pretenden pasar por los campeones de la causa democrática.

Esta política de amplia unidad no está cerrada a nadie que desee cooperar en la lucha contra el fascismo. Si una fuerza mantiene unas posiciones claras de ruptura con el régimen fascista, por más que sea una fuerza burguesa, no debe ser rechazada.

Pero, la aplicación de esta política hace a su vez todavía más necesario que los comunistas nos unamos más estrechamente con aquellas Organizaciones y Partidos cuyas posiciones son más próximas a las nuestras. No po demos limitarnos, por lo tanto, a una sola alianza, a una amplia alianza del conjunto de la oposición antifranquista, sino que, por el contrario, debemos llevar a cabo otras alianzas sobre unas bases políticas más elevadas, que contribuyan a sacar adelante iniciativas positivas en la lucha contra el fascismo y que vengan también a dar una perspectiva más correcta a esta acción de cara al futuro.

ORGANIZAR A LAS MASAS

Esta es una tarea que adquiere una mayor importancia de día en día. Es preciso organizar a las masas para que se conjuguen sus esfuerzos, para que se unifique su acción y aumente su fuerza, para que eleve su conciencia política. Esta es una tarea de primer orden en la actualidad y no dejará de serlo en el futuro.

La organización de las masas ha de hacerse realidad a través de las más diversas formas: organizaciones sin partido, organizaciones en las que se unen diferentes sectores de las masas, organizaciones en las que sólo participa determinado sector, organizaciones ilegales, semilegales o legales..

De un modo general, ninguna de estas formas organizativas debe ser rechazada. Son en definitiva las circunstancias concretas las que hacen aconsejable, en cada caso, impulsar uno u otro tipo de organización. Así, hasta hace poco, el margen para organizar a las masas en la legalidad o en la se-

milegalidad era sumamente reducido y, en lo tocante a algunos sectores, nullo. Hoy la situación ha cambiado en cierto grado y junto a las formas de organización ilegales se desarrollan otras que se benefician del ensanchamiento de la legalidad que se ha venido produciendo. Sucede a menudo que las formas de organización legales e ilegales coexisten y se apoyan mutuamente.

En cualquier caso, sean unas u otras las formas organizativas que se utilicen, nuestro Partido considera que la organización de las masas debe llevarse a cabo de un modo unitario y democrático.

La unidad de las organizaciones o movimientos de masas es una de las condiciones fundamentales para que cumplan su misión. Estamos persuadidos, además, de que el hecho de que en el seno del pueblo existan diferentes corrientes políticas no hace imposible esta unidad y sí la hace todavía más necesaria. Esta unidad no es incompatible, por otro lado, con que cada Partido cuyos militantes participan en las organizaciones de masas tenga una política propia y actúe con cierta independencia dentro de los movimientos unitarios de masas.

Sin una vida democrática, como se ha podido comprobar muchas veces en los últimos años, la unidad de las organizaciones de masas se destruye. La democracia dentro de estas organizaciones refuerza su unidad, contribuye a resolver correctamente las contradicciones que surgen en su interior, canaliza el espíritu creador de los sectores de las masas que participan en ellas y aumenta su entusiasmo.

5

Es necesario un Partido verdaderamente comunista

Para llevar a cabo las tareas políticas del momento, para hacer la revolución y seguir adelante por el camino del socialismo y del comunismo, el proletariado y el pueblo de las nacionalidades de España necesitan un Partido auténticamente comunista.

En el pasado hubo en España un Partido Comunista que supo ponerse al frente de nuestro pueblo en muchas de sus luchas y en especial en la guerra de 1.936. Ese Partido, como trataremos de mostrar más adelante, ya no es hoy lo que fue, habiendo abandonado los principios revolucionarios que entonces le guiaron.

Por esta razón, nuestro Movimiento Comunista de España ha emprendido la tarea de edificar un verdadero Partido comunista, un Partido que mantenga viva la llama revolucionaria que animó a los comunistas que nos han precedido, un Partido que defienda los intereses fundamentales, los intereses revolucionarios de la clase obrera y del pueblo en la España de hoy.

El Partido que tratamos de construir ha de estar armado con la teoría revolucionaria del proletariado, con el marxismo, el leninismo y el pensamiento maotsetung. Su forma de organizarse ha de responder al principio del centralismo democrático y debe poseer un estilo de trabajo revolucionario y comunista.

Aludiremos brevemente a cada uno de estos rasgos.

La teoría revolucionaria del proletariado fue fundada por Carlos Marx con la colaboración de Federico Engles. Posteriormente fue desarrollada por Lenin y, después, enriquecida por Stalin. En nuestros días, Mao Tse-tung le ha dado un nuevo impulso.

Nuestro Partido debe revolucionarizarse continuamente en el plano ideológico, luchar contra el individualismo, la metafísica y el idealismo, asimilar cada vez mejor el marxismo, el leninismo y el pensamiento maotsetung. Sus miembros deben capacitarse para distinguir la línea revolucionaria de la contrarrevolucionaria y el verdadero marxismo-leninismo del falso. Han de pensar por sí mismos, interesarse por los problemas generales del Partido y de la revolución y atreverse a defender en toda circunstancia las posiciones que consideren justas. Esto es imprescindible para que el Partido conserve su carácter comunista y no se convierta en un Partido oportunista.

El centralismo democrático -nuestro principio fundamental de organización- supone la existencia de centralismo sobre una base democrática y de democracia bajo una dirección centralizada. Este principio de organización y de dirección asegura la unidad de pensamiento y de acción, y lo hace

estimulando la iniciativa de todos los miembros del Partido. El tipo de disciplina que se establece de esta forma no es una disciplina ciega y coercitiva, sino consciente y aceptada voluntariamente.

Otro importante principio de organización es el que lleva al Partido a seleccionar a sus miembros entre los revolucionarios de vanguardia, por entender que ésta es una condición fundamental para que pueda desempeñar su papel dirigente.

El Partido ha de tener un estilo comunista en toda su actividad. Un buen estilo de trabajo consiste en "integrar la teoría con la práctica, forjar estrechos vínculos con las masas populares y practicar la autocrítica" (Mao Tsetung).

Integrar la teoría con la práctica significa unir el marxismo a la práctica concreta de la revolución en cada país.

Forjar estrechos vínculos con las masas es una necesidad vital para todo Partido comunista, cuya misión no es sustituir a aquellas sino conducir las por el camino revolucionario. El Partido debe confiar ilimitadamente en las masas y seguir una norma según la cual, para vincularse con ellas, ha de comenzar por escucharlas, conocer sus ideas, analizarlas cuidadosamente separando lo correcto de lo erróneo, sistematizarlas y darles la forma de una política para, así, devolvérselas a las masas para que éstas las conviertan en acción.

Practicar la autocrítica significa examinar nuestras ideas y nuestra labor con el propósito de descubrir los defectos y errores, reconocerlos abiertamente y buscar sus causas para, finalmente, trazar un plan que nos permita superarlos. Gracias a la crítica y a la autocrítica el Partido se desprende de sus lastres y se hace cada vez más consecuentemente comunista.

En sus pocos años de vida, nuestro Partido ha sabido mantener una posición de principios frente al revisionismo y a las distintas corrientes oportunistas. Ha acertado a aplicar entre las masas una política fundamentalmente justa, a educar políticamente a algunos sectores de ellas, a organizarlos y a llevarlos a la lucha, lo que le ha dado cierta influencia en algunos puntos del país.

Nuestro Partido, asimismo, considera imprescindible la unidad de todos los comunistas de las nacionalidades de España en un Partido único. De acuerdo con ello se ha venido empeñando en lograr la unidad de los comunistas y ha conseguido mantener y aumentar su unidad y cohesión internas.

A lo largo de este tiempo el Movimiento Comunista de España ha hecho esfuerzos por desprenderse de sus defectos, por superar los errores de dogmatismo, las ideas preconcebidas y los puntos de vista idealistas. Sus concepciones políticas e ideológicas se ajustan hoy mejor que ayer a la realidad española, a las necesidades de la lucha por la democracia y el socialismo en nuestras condiciones concretas.

Queda sin embargo, mucho que avanzar. Nuestro Partido ha de aumentar su experiencia en la lucha política de masas y extender sus filas. Tiene que conocer mejor la realidad y elevar su aprendizaje del marxismo-leninismo. Tiene que forjar un buen número de cuadros revolucionarios. Tiene que aumentar su presencia en la vida política española.

Dentro de las filas obreras y populares se manifiestan corrientes políticas e ideológicas cuyas posiciones son divergentes e incluso, a menudo, contrapuestas. Esta diversidad de organizaciones y estas contradicciones son un reflejo de la diversidad de intereses y de las contradicciones que existen entre las diferentes clases sociales de nuestra sociedad.

Así ocurre que, junto a unas fuerzas que defienden programas revolucionarios, hay otras cuya única perspectiva es la de obtener ciertas reformas sin echar por tierra la dominación capitalista.

Hoy en España están presentes dentro del movimiento obrero y popular varias tendencias que, aún proclamándose socialistas o comunistas, han renunciado de hecho a hacer la revolución socialista.

La más peligrosa de estas corrientes es la representada por los dirigentes del que en otra época fue Partido comunista, tanto por la importancia de su influencia en el seno del pueblo, como por el hecho de que aparece ante amplios sectores de las masas como continuadora de las tradiciones revolucionarias del comunismo.

Los dirigentes de este Partido se manifiestan favorables a la instauración de las libertades democráticas en España. Nuestro Partido no tiene nada que oponer a esto por cuanto que lucha resueltamente por conquistar las libertades. Ahora bien, pensamos que es sumamente contraproducente para los intereses populares hacer las graves concesiones que Santiago Carrillo y los demás dirigentes de su Partido se han comprometido a hacer.

Así, se han ofrecido para "asegurar, sin sobresaltos ni convulsiones sociales, la función normal del Estado", de un Estado forjado bajo cuarenta años de terror fascista, con tal de que el gran capital acepte dar a éste una forma más o menos democrático-burguesa.

Dentro de este espíritu han renunciado a exigir el desmantelamiento de los organismos represivos fascistas cuyo mantenimiento supondría una pesada hipoteca para el conjunto de conquistas democráticas que pueda obtener el pueblo español, y han prometido la amnistía a los autores de los innumerables crímenes y delitos fascistas cometidos contra nuestro pueblo.

Igualmente, han dado por bueno el que se restrinjan algunos de los derechos democráticos que las masas populares luchan por conseguir. Este es el caso, por ejemplo, del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas que los dirigentes de este Partido se han comprometido a rechazar durante el período de provisionalidad que siga al derrocamiento del fascismo.

Esta política, en la medida en que encuentre un eco en las masas populares, no puede por menos que reforzar el movimiento liberal burgués, poniendo a su zaga a sectores del pueblo trabajador y dificultando el que las masas trabajadoras vayan a la lucha contra el fascismo con una política propia y sepan continuar el combate contra la burguesía monopolista y su poder político, sean cuales fueren las formas que éste adopte.

El comportamiento de esta corriente política se inscribe dentro de lo que Lenin llamó "revisionismo", lo que consiste en "revisar", modificar la política revolucionaria del proletariado y los principios del marxismo-leninismo para acomodarlos a lo que puede ser aceptable para la burguesía.

La esencia de esta política revisionista es la capitulación ante la burguesía, la renuncia a la revolución, la renuncia a destruir el Estado burgués, la renuncia a emplear métodos revolucionarios de lucha en particular la lucha armada de masas. El revisionismo opone a la lucha de clases la conciliación con la clase en el poder y preconiza la llamada evolución pacífica y gradual hacia el socialismo, dentro del cuadro de una democracia burguesa, respetando las instituciones burguesas y bajo el dominio del Estado burgués.

En el plano ideológico el revisionismo se obstina en presentar los principios marxistas leninistas como unas normas circunstanciales, emplea y difunde los métodos de pensamiento idealistas y metafísicos, rinde culto al liberalismo burgués, haciendo suyos muchos aspectos de su filosofía, presenta al enemigo como todopoderoso, fomentando así el espíritu de capitulación y un pacifismo que sólo puede beneficiar a los que tienen el poder.

Mientras el revisionismo y las demás corrientes reformistas conserven una influencia considerable entre las masas no será posible dar a las luchas de hoy y a las del futuro una salida conforme a los intereses fundamentales del pueblo trabajador. Es por esto por lo que nuestro Partido combate política e ideológicamente a estas corrientes con la finalidad de aislarlas políticamente, lo cual no excluye el establecer tales o cuales alianzas con ellas al objeto de impulsar las luchas contra el Régimen. Combatimos pues a estas corrientes no como un fin en sí, ni por mero afán destructivo, ni por sectarismo, sino por entender que los hombres y mujeres de nuestro pueblo que están influidos por esas ideas tienen que liberarse de ellas para poder ocupar el puesto que les está reservado en las filas revolucionarias. Por nuestra parte les consideramos como compañeros de lucha con los que debemos unirnos tan estrechamente como sea posible.

Esperamos que las posiciones aquí contenidas ayudarán a nuestro pueblo a vencer a sus enemigos y a realizar las necesarias transformaciones revolucionarias de la sociedad española.

Pero la mejor Línea ideológica y política se quedará en letra muerta si no se lleva a la práctica, si no se difunde, si no la hacen suya los sectores más avanzados de las masas.

Cuanto aprobamos las ideas desarrolladas en estas páginas tenemos el deber de convertirlas en acción, de difundirlas y de enriquecerlas continuamente.

SUMARIO

	Págs.
INTRODUCCION.....	5
1. LA REVOLUCION MUNDIAL AVANZA SIN CESAR.....	9
2. LA ESPAÑA DE HOY.....	15
3. LA REVOLUCION EN ESPAÑA.....	26
4. NUESTRA TACTICA PARA EL PERIODO ACTUAL.....	34
Consignas de acción para el momento presente.....	35
Nuestro Partido y la lucha por las libertades.....	37
Hay que lograr la más amplia unidad antifascista.....	38
Organizar a las masas.....	39
5. ES NECESARIO UN PARTIDO VERDADERAMENTE COMUNISTA.....	41
6. NUESTRA ACTITUD FRENTE AL REFORMISMO Y AL REVISIONISMO.....	45